



Prejuicios y realidad

POR JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ IGLESIAS



En nuestra sociedad funcionamos mucho con estereotipos. Nos encantan los compartimentos estancos. Simplificamos la realidad pretendiendo que las personas mayores, los jóvenes, las mujeres, los gitanos, los inmigrantes, las personas con discapacidad o los homosexuales son de tal o cual manera. Esta forma de pensar muchas veces es cultural y nos impide reflexionar sobre la diversidad social y la enorme riqueza que trae consigo. Además, de esos estereotipos nacen muchos prejuicios que, en algunos casos, llevan al machismo, la homofobia, el racismo y otras barbaridades. Sin embargo, nada es estático y más en los tiempos que nos ha tocado vivir. Mucho ha cambiado el mundo en estos últimos lustros, en el que se ha puesto y se sigue poniendo patas arriba todo lo que parecía inamovible. La transformación de lo cotidiano es tan grande que a mucha gente le cuesta seguir el ritmo, incapaz de asumir tantos cambios, tan profundos y a una velocidad tan vertiginosa. Da igual que hablemos de empleo, de tecnología, de educación, de las relaciones interpersonales, de las costumbres e instituciones tradicionales, de ciencia, de ocio, de cultura, de inmigración, de política o de deportes. Práctica-

mente todo lo conocido, que muchos a partir de cierta edad habíamos aprendido a ver funcionar de una forma concreta, ha sido modificado o ha quedado obsoleto. Estos grandes cambios también han supuesto la eliminación de muchos prejuicios y han abierto la puerta a ciertas complicidades. Por ejemplo, en nuestro país, la democracia, el nivel cultural y el bienestar económico, entre otros motivos, están permitiendo otra mirada a colectivos antes discriminados, como los homosexuales o las personas con discapacidad, o a condenar comportamientos intolerables como la violencia contra la mujer.

Pero quisiera volver a las ideas preconcebidas y hablar de las personas con discapacidad, que han tenido que padecer unas cuantas. Desde que la discapacidad era un castigo divino (algo habrían hecho los padres para que Dios les castigara por ello), hasta la incapacidad total para hacer una vida normal, pasando por su asesexualidad, los impedimentos insalvables para tener una vida autónoma, la negación de una vida familiar y afectiva propia o la imposibilidad manifiesta de ser felices.

Pues a pesar de la gran evolución de estos últimos años, del reconocimien-

to de derechos, de la mirada más comprensiva e integradora hacia las personas con discapacidad, sin embargo hay cosas que se resisten a cambiar en el imaginario popular. El punto álgido de esta visión negativa que mucha gente tiene sobre este colectivo es la creencia de la imposibilidad de ser felices, que a su vez es la consecuencia de la negación de todo lo demás. Como ya es sabido, todo lo que se generaliza es falso. Los parámetros para medir la felicidad están un poco trastocados en nuestra sociedad y se relacionan más con el 'tener' que con el 'ser'. Sin embargo, creo que la mayor o menor capacidad de ser feliz tiene que ver con otros muchos aspectos de la vida y de las características de las personas. Pero hay una premisa que es imprescindible: asumirse. Cuando uno se mira al espejo y se siente a gusto en su pellejo, sea blanco o negro, sea rubio o moreno, tenga discapacidad o no la tenga, ya ha recorrido un gran camino para disfrutar de esos pequeños momentos de felicidad con que la vida nos regala de vez en cuando. Y conozco a muchas personas con problemas físicos, mentales, sensoriales o intelectuales que se asumen como son, que reconocen sus limitaciones y las intentan compen-

sar, como todo el mundo, con sus capacidades; que quieren y son queridos; que enfrentan la vida con dignidad; o que disfrutan de lo que tienen, mucho o poco, con sabiduría. Igual que muchas personas sin discapacidad. Por el contrario, conozco personas sin problemas de salud o de limitaciones importantes que tienen todo lo que se supone que es necesario para satisfacer a una persona, y sin embargo, no son felices. Padecen complejos, insatisfacción permanente, envidia, incapacidad para valorar lo que tienen, bajo nivel para la frustración y un sinfín de problemas que les hacen profundamente infelices, al igual que a algunas personas con limitaciones más o menos severas. Moraleja: la discapacidad no hace a las personas desgraciadas por el hecho de tenerla, al igual que su ausencia no hace felices al resto. La realidad es mucho más compleja y los prejuicios no sirven más que para confundirnos y no dejarnos ver la realidad.

José Luis Fernández Iglesias es periodista especializado en Asuntos Sociales y Discapacidad y colaborador habitual de la Cadena SER.





Manos Unidas
ONGD de la Iglesia Católica - ONGD de voluntarios

SABES LEER, ELLOS NO.
PODEMOS CAMBIARLO.

902 40 07 07

HAZTE SOCIO
www.manosunidas.org
HAZTE VOLUNTARIO

